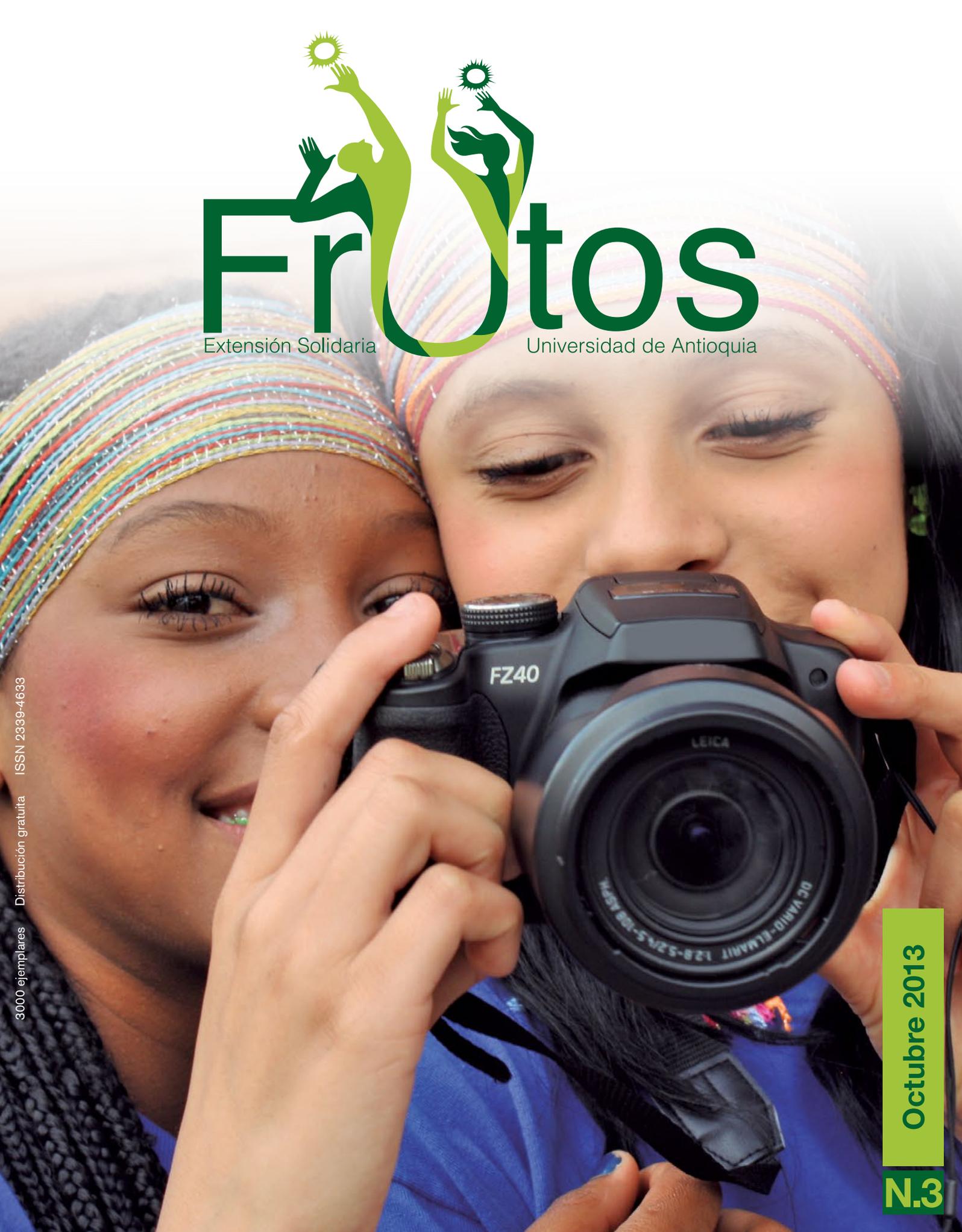




Frutos

Extensión Solidaria

Universidad de Antioquia



3000 ejemplares Distribución gratuita ISSN 2339-4633

Octubre 2013

N.3

Publicación de la Vicerrectoría de Extensión
Universidad de Antioquia

Presidente del Consejo Superior Universitario
Sergio Fajardo Valderrama

Rector
Alberto Uribe Correa

Vicerrectora de Extensión
María Helena Vivas López

Comité editorial de la revista
María Helena Vivas López
Beatriz Betancur Martínez
Diana Isabel Rivera Hincapié
Vicerrectoría de Extensión

Juan Camilo Jaramillo Acevedo
CIEC Facultad de Comunicaciones

Colaboración del Banco Universitario
de Programas y Proyectos de Extensión BUPPE

Redacción y fotografías
Juan Camilo Jaramillo Acevedo
Eliana María Castro Gaviria
Diana Isabel Rivera Hincapié
Jeny Montoya Gil

Corrección
Rubelio Alberto López Cardona

Diseño y diagramación
Juan David Castro Quintero

Impresión
La Patria

Frutos. Extensión Solidaria Universidad de Antioquia

Edificio de Extensión, Universidad de Antioquia

Calle 70 No 52 - 72. 6° piso, oficina 600

Correo electrónico: comunicaciones@extensionudea.net

Teléfonos: 219 5170 - 219 8192 - 219 8172

Contenido

- 3** Presentación
- 4** Estudiantes batallan contra la caries
- 7** Contar historias: creatividad sin límites
- 10** Volver a casa
- 13** “Más cerca del Pacífico”, una historia de mujeres que superaron la exclusión social
- 17** Por los caminos de la cultura
- 21** Vivir del arte
- 25** Ese dulce sabor de la yuca
- 28** Verdades de sangre
- 31** Telemap: para salvar vidas
- 34** Jaime Arturo Gómez, su vida: un viaje a pie con la comunidad

Presentación



María Helena Vivas López
Vicerrectora de Extensión - Universidad de Antioquia

Ser testigos de la felicidad de cientos de artistas y creadores antioqueños cuando ellos logran vivir de aquello que más les apasiona: la pintura, la poesía, la danza, el teatro, la música; hacer de la diferencia en su color de piel, en su gastronomía, en su música y en sus prácticas culturales el más grande potencial para la reivindicación de mujeres afrocolombianas desplazadas; brindarles la esperanza y la posibilidad a decenas de habitantes de la calle de volver a tener un hogar y una vida productiva; llevarles educación, atención odontológica, nutricional y médica y, sobre todo, mucho cariño a niños que viven en medio de la violencia y las carencias económicas; y compartir el conocimiento de los científicos con mujeres campesinas para que ellas aprovechen mejor la riqueza del campo buscando reducir la pobreza rural, son los logros, las recompensas y los hechos que se relatan en algunas de las historias que presentamos en esta edición de la *Revista Frutos. Extensión Solidaria Universidad de Antioquia*.

Estas son historias humanas de inclusión, reales, que conmueven, que alegran, que asombran y que son evidencia de cómo con la ciencia y con la cultura se aporta al desarrollo social y productivo. Historias posibles gracias al trabajo conjunto con otras instituciones, a la cooperación internacional en algunos casos y, por supuesto, al compromiso de nuestros científicos, profesores, estudiantes, egresados y gestores culturales.

Jaime Arturo Gómez, médico y profesor, es uno de ellos. En esta edición contaremos su historia de vida y, con ella, abrimos una nueva sección dedicada a los universitarios comprometidos con el servicio a la comunidad, universitarios que con su ejercicio ciudadano marcan la diferencia por su gran sensibilidad e interés hacia las necesidades sociales.



Estudiantes batallan contra la caries

Tiene algo de ciencia, mucho de arte, otro tanto de disciplina, pero la odontología es, sobre todo, una práctica social. Cada ocho días, en cinco escenarios distintos de la ciudad, estudiantes de Odontología de la Universidad de Antioquia realizan sus prácticas descentralizadas. Mientras ellos conocen otras realidades y necesidades, niños entre los cuatro y catorce años se educan en hábitos saludables.

—Profe, profe, ¿le da miedo? —pregunta una niña morenita, de no más de diez años, mientras todos en el salón de clases estamos en el suelo. Hace menos de un segundo, el sonido de unas balas y alguna explosión aterraron la calle.

—Claro —responde Tomás Bernal, docente y odontólogo—. ¿A vos no?

—No, no, a mí ya no.

Vienen dos segundos más de silencio y luego el desorden: los primeros en levantarse son los niños, que se lanzan a la ventana buscando alguna historia. Más lento lo hacen el doctor Tomás y las cinco jovencitas, futuras odontólogas que lo acompañan este jueves. Vuelven todos a sus sitios, las profesoras hacen que los chicos regresen a sus sillas y la clase intenta seguir su rumbo. Nadie sabe qué pasó, afuera la calle está desolada y hace calor: será mejor continuar.

—¿Qué es esto?

—Una muela.

—¿Y qué le da a las muelas?

—Infecciones.

—¿Por qué?

—Porque la persona no se cepilla. ¡Yo me cepillo!

Las profesoras hoy, por lo menos de esta clase, son ellas: cinco estudiantes de octavo semestre de Odontología de la Universidad de Antioquia. Desde las ocho de la mañana hasta las tres y media de la tarde estarán en el Colegio Camino de Paz, sector Villa Liliam, Comuna 9 de

Medellín, para trabajar con niños de preescolar y cuarto grado en la prevención de la enfermedad y promoción de la salud oral. Es su primera vez como maestras, y es justo el regreso a clases de los niños después de vacaciones.

Caicedo es uno de los cinco asentamientos que tiene la Facultad de Odontología para sus prácticas descentralizadas, en las cuales rotan estudiantes de cuarto, séptimo y octavo semestre, con la ayuda de un docente gestor, en este caso el profesor Tomás. Este es un trabajo que se hace de la mano y por invitación de la Fundación Las Golondrinas. “Educar a la gente para la salud, y educar para que tengan elementos y hábitos de salud, ese es nuestro principal reto. Por eso no solo hacemos prácticas técnicas con pacientes en la Facultad, sino que nos vamos a otros contextos, a otras realidades y necesidades. Nos vamos a poblaciones vulneradas. En cada escenario, además de prevención y promoción, hacemos curación y para eso tenemos un salón con equipos portátiles”, explica el doctor Tomás.

Este trabajo en llave con la Facultad de Odontología viene desde 2006, después de que la Fundación construyera el primer Colegio Camino de Paz, sede Llanaditas: “Cuando iniciamos en Llanaditas nos tocó ver familias en las que un cepillo de dientes era para todos. Entonces comenzó el compromiso de los practicantes y docentes, que ha sido constante. Se organizó la hora del cepillado, luego se involucró a las mamás y fue muy bonito ver cómo los niños fueron acercándose a los odontólogos”, comenta

Daria Arredondo, coordinadora de primera infancia en la Fundación Las Golondrinas.

La experiencia fue tan significativa que en poco tiempo, además de las jornadas en la sede Llanaditas, la Facultad llegó también a Caicedo.

Después de hablar con los niños sobre los alimentos cariogénos con caritas tristes o anticariogénos con caritas felices, después de preguntar cómo se cepillan y explicarles cómo debe ser, después de ver películas de batallas contra caries, las practicantes vuelven a un salón que hace las veces de consultorio odontológico. Este salón está ubicado a dos cuerdas y media del colegio, en las instalaciones de la Fundación. Como también es el regreso a clases de ellas que empiezan octavo semestre, el trabajo de la tarde consiste en revisar historias clínicas, ver cuáles son los niños con los casos más urgentes, y recordarles que para el próximo jueves deben traer el permiso de sus padres para ser intervenidos.

El año pasado, la Fundación inauguró el colegio en Caicedo, y hace un par de meses una sala odontológica, después de llevar más de tres años de labores en el barrio. “Como estamos desde cuarto semestre nos ha tocado todo el proceso, desde que los niños rotaban en casas para las clases y nosotros atendíamos en caséticas, hasta hoy que ya contamos con equipos; nos ha tocado ver cómo la Universidad, a pesar de todo, de las balaceras, en ningún momento ha descartado la posibilidad de prácticas. Hoy, por primera vez, somos maestras, nos había tocado estudiar la zona, revisar a los niños, pero es la primera vez que dictamos una clase”, cuenta Marcela Mejía, una de las estudiantes.

Y es que lo primero que cualquiera ve al entrar a este consultorio odontológico es una muñeca muy mona y muy grande, con su uniforme blanco de odontóloga, dando la

bienvenida. Se llama María Muelitas. Lo segundo es el agujero de una bala en la ventana. Después las sillas y todos los equipos portátiles. Fueron necesarias más de dos jornadas de mucho trabajo para lograr el espacio que hoy tienen y al que los niños llegan de la mano del doctor Tomás o de alguna estudiante sonriendo y gritando: “¡Usted me sacó mi muelita!”. Durante todo el día desfilarán por el consultorio nietas que vienen a preguntar por los casos de sus abuelas, abuelos con dolores en la mano que por alguna razón le preguntan a los odontólogos, pelados que visitan a Tomás y le piden ayuda: todos se llevan alguna respuesta.



Cada semestre tiene un objetivo académico distinto: desde elaborar propuestas de educación para la salud en comunidad, hacer visitas de observación y diagnósticos, hasta la valoración de los niños y la operatoria.

“Uno viene aquí y es feliz, hace todo lo que en la Facultad no tiene tiempo por estar corriendo detrás de historias clínicas. Ponemos nuestra semillita en medio de tantas necesidades, y quizás solo estamos haciendo una calza o diciendo cepíllense, pero también estamos interactuando con madres, profesores, todo lo que has visto que pasa alrededor. No solo es mirar y abrir bocas, es enseñar, como hoy que hicimos de profes: cada vez que venimos nos agradecen como si fuéramos unos héroes”, cuenta Janina Díaz, estudiante.



Además de los colegios Camino de Paz en Caicedo y en Llanaditas, la Facultad de Odontología tiene otros tres escenarios de práctica en la ciudad: el Colegio Josefa Campos y las instituciones educativas Inem José Félix de Restrepo y Francisco Miranda.

De viajes

El camino no termina ahí.

Hace apenas dos días el profesor Tomás y sus estudiantes estaban en Yolombó y hace un mes en Buriticá. Cinco horas a caballo, en el caso de Tabacal y La Escuadra, corregimientos de Buriticá, y una hora y media por carretera destapada a Villa Nueva y La Floresta, corregimientos de Yolombó. Durante las dos jornadas de salud, organizadas por la Fundación, se lograron atender 500 niños con sus familias. Sin descanso.

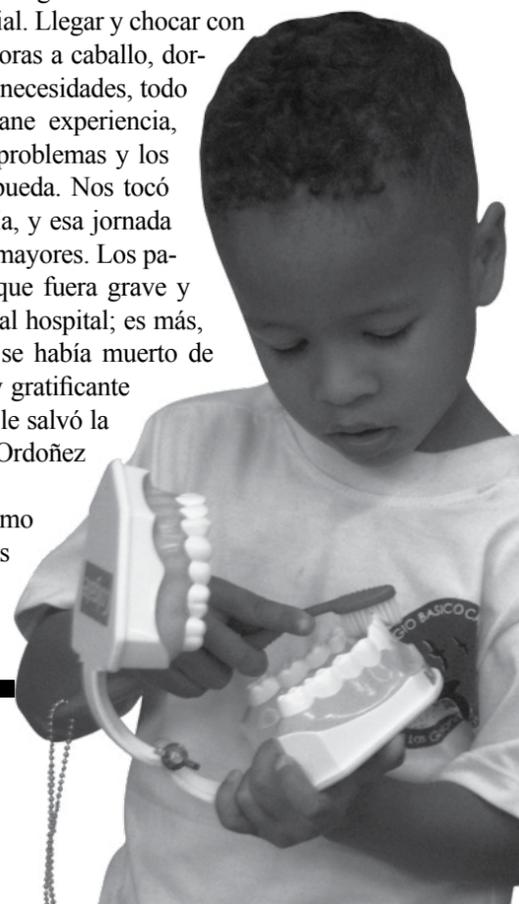
Debido al trabajo con programas como Buen Comienzo o De Cero a Siempre, la Fundación organiza estas jornadas de salud acompañada por las distintas facultades con las cuales tiene convenio. En cada municipio se acomodan tres puestos de atención, uno en el pueblo y otros dos en corregimientos centrales; en cada puesto hay médicos, nutricionistas, equipo sicosocial y, por supuesto, futuros odontólogos acompañados por Tomás. “Siempre le hemos visto un compromiso a Tomás y a sus estudiantes, que cualquier persona no lo tiene. No se cansan, de siete de la mañana a siete de la noche, a veces terminan de atender con velas”, comenta Daria.

A estas jornadas, Tomás viaja con estudiantes de octavo semestre. A veces con las mismas jóvenes que lo acompañan en Caicedo. Sin importar si están en vacaciones, porque lo importante es sensibilizar y educar en estas comunidades y hacerse cargo de casos urgentes.

“Buriticá fue genial. Llegar y chocar con otra realidad: cinco horas a caballo, dormir en el piso, tantas necesidades, todo eso hace que uno gane experiencia, que reconozca otros problemas y los enfrente con lo que pueda. Nos tocó un niño con neumonía, y esa jornada hizo que no pasara a mayores. Los papás nunca pensaron que fuera grave y no pensaban llevarlo al hospital; es más, otro niño hace nada se había muerto de lo mismo... Fue muy gratificante ver que a ese niño se le salvó la vida”, cuentan Paola Ordoñez y Marcela Mejía.

Yondó es el próximo destino. A ocho horas de Medellín en el Magdalena Medio.

Todas, las cinco, están pidiendo volver. ■



La Organización Panamericana de la Salud define las escuelas saludables como centros educativos que permiten el desarrollo biológico, emocional y social de sus estudiantes en ambientes de bienestar institucional. Así desarrollan estilos de vida saludables, debido también al compromiso de sus familias, maestros y comunidad. Lo que sucede en Caicedo. Desde principios de la década de los 50 se habla de programas de salud escolar en América Latina, pero fue en los 90 cuando surgen estas escuelas saludables como una iniciativa que fomenta la coordinación de esfuerzos de distintos sectores, organizaciones y comunidad en general para el autocuidado de la salud de los niños y jóvenes.

¿Sabe usted que Amalfi es tierra de poetas o que probar el tamarindo es como ver la virgen? ¿Sabe lo que guardan los arrieros en sus carrieles o el camino de la cerámica en El Carmen de Viboral? Animación y patrimonio fue la fórmula que encontró el Departamento de Extensión Cultural de la Vicerrectoría de Extensión para que niños y jóvenes contaran las historias de sus pueblos.

Contar historias: creatividad sin límites

Escena 1.

Exterior. Mañana. Fábrica de cerámica carmelitana de finales del siglo XX.

Plano general. Tres hombres salen cabizbajos de la fábrica. Son alfareros. Hay bruma. Los hombres se dirigen hacia alguien más, un campesino que saca el barro para la producción de loza. Le comentan la noticia: son tiempos difíciles, la competencia y los precios hacen insostenible la industria de la cerámica en el pueblo. De la fábrica sale humo negro: no va más.

Fadeout.

Escena 2.

Exterior. Mañana. Plaza principal de El Carmen de Viboral.

Un hombre, vestido de sombrero y carriel, aparece en mitad de la plaza. En voz en off un viejo pregonero, hoy celador del Instituto de Cultura del pueblo, cuenta su historia, la de la cerámica y su pueblo. Al finalizar el testimonio, el pregonero rompe una de las lozas, como lo hacía en los viejos tiempos para llamar la atención de los compradores. Aparecen los créditos.

Fadeout.

La película, a medio camino todavía, es una película de papel. Los alfareros, la fábrica, el campesino y el pregonero, todos son de papel. Son ilustraciones hechas por Susana, una mujercita de 14 años, tímida, callada, pero con unos trazos delicados y finos, y también por una decena de

jovencitos que no sobrepasan los veinte años y que tienen como misión mover en un teatrino a todos estos personajes, segundo por segundo, mientras Mauricio García, uno de los talleristas, toma cada fotografía. Así es la animación.

Esto es *Creatividad sin límites, talleres de animación y patrimonio*, un proyecto del Departamento de Extensión Cultural que por casi seis meses encontró en la animación la excusa perfecta para contar historias. Historias como esta de El Carmen de Viboral: curiosas, cercanas, críticas, ricas en lenguaje y, sobre todo, en técnicas de animación. Historias sobre el corazón de los pueblos: los oficios patrimoniales.

“Nosotros empezamos en Expouniversidad, cuando el tema era precisamente la innovación. A pesar de que la animación es una técnica bastante antigua, lo innovador era trabajarla con la gente que iba pasando por las ágoras; hacíamos un pequeño cortometraje y animábamos personajes con las técnicas que enseñábamos en un par de horas. A partir de eso vimos el interés de la gente por hacer sus historias”, cuenta Eliana Cuéllar García, coordinadora del proyecto y del programa de cine del Departamento de Extensión Cultural.

Después llegó una de las convocatorias Buppe y la oportunidad de convertir estos talleres de horas a días. Eliana y todo un equipo de trabajo presentaron un proyecto en el que además de animación, comenzaron a ha-



La edición de los microrrelatos está en manos del grupo de talleristas, al que también pertenece Olga Elena Acosta –coordinadora cultural del Parque Biblioteca Belén–. La idea es generar un dvd que contenga todos los cortos y un diario de estos meses de trabajo y animación: un detrás de cámaras con ilustraciones y testimonios. A todos los niños les llegará el material.

blar de patrimonio e identidad y decidieron que el público estaba en las regiones. “La idea de patrimonio había que aterrizarla, y por eso pensamos en patrimonio inmaterial: al principio eran los refranes, pero después decidimos que serían los saberes u oficios porque nos interesaba generar diálogo intercultural, que los chicos valoraran y contaran el trabajo que han hecho sus abuelos, tatarabuelos, tíos, toda la vida. Ese tipo de conocimiento que no se aprende en una universidad o en un colegio, sino que pasa de generación en generación”.

Puerto Berrío, Apartadó, Yarumal, Jericó, El Bagre, Santa Fe de Antioquia, Itagüí, Amalfi y El Carmen de Viboral fueron las rutas escogidas. Precisamente aquí, en el Instituto de Cultura de El Carmen de Viboral se contó la última historia de una serie de más de veinte microrrelatos. Mauricio Monsalve -artista plástico y sicólogo- y Mauricio García -animador 3D- fueron los talleristas: “Cada trayecto es un mundo nuevo, una cultura diferente; aunque

sean municipios de Antioquia, las barreras tecnológicas, el clima, todo eso afecta”, cuenta el segundo de los Mauricio, mientras el primero, el Monsalve, complementa: “Hay mucho talento, uno a esa edad no era tan brillante, en cambio estos pelados proponen, critican, resuelven historias: nosotros enseñamos la técnica, pero el contenido es de ellos”.

Durante dos días de taller, los jovencitos y talleristas discuten sobre patrimonio y aprenden de técnicas de animación como *cut-out*, o técnica de recortes, y pixilación. También tocan un rollo de película, hacen taumátropos, aprenden de persistencia retiniana, de trucos ópticos y leen unos cinco libros en menos de diez minutos. Esos libros que cuentan historias animadas pasando rápidamente sus hojas. Todos maravillados, mientras piensan cómo contar la historia de su pueblo.

Luego se sientan a escribir un guion, a crear personajes, y si es preciso hacer un *story board*. Aquí en El



Un taumátropo es una maravilla giratoria. Consiste en un disco con dos imágenes diferentes en ambos lados, y una cuerda en cada extremo. Al estirar la cuerda, ambas imágenes se unen y hacen al disco cambiar y girar. El movimiento rápido y el principio de persistencia retiniana dan la ilusión de que ambas imágenes están juntas. Así sucede con el cine.

un mismo local y compran una taza. El carmelitano compra una china, y la turista se enamora de una carmelitana. Luego ambos se encuentran en la cafetería, el carmelitano no puede soportar la envidia al ver cómo la turista bebe su café en una taza finamente decorada.

En la animación se trabajan quince o dieciséis cuadros por segundo para darle el efecto del stop motion. De esta segunda parte de la película resultan unas 700 fotografías, pero esta vez los personajes y los escenarios no son de papel. Es stop motion con personas y calles reales, y los actores son los mismos participantes del taller y un par de amables tenderos que decidieron, sin más, ayudar al equipo. “Lo mejor de la experiencia fue preservar algo típico de nuestra región a través de medios audiovisuales: no fue mostrar por mostrar, sino hacer la crítica social y señalar que si no usamos nuestros patrimonios, si no los difundimos, desaparecen”, comenta alguno de los chicos.

Este es un trabajo genialmente improvisado, eso piensan los talleristas: “Nos interesa que nos digan cosas, que nos saquen toda la información posible y nos compartan sus ideas y talentos para potenciarlos”. Después de dos días de taller, la historia está por fin. Sin editar todavía, sin nombre, pero está. Cuando todo termina, siempre hay caras de satisfacción y sonrisas en el equipo: dibujantes, reporteros, actores y talleristas. Todos son unos nuevos y entusiastas profesionales de la animación que esperarán unos días para ver su microrrelato dentro de esa veintena de historias más sobre lo que son sus pueblos. ■

Otras historias

En Apartadó, por ejemplo, los chicos dieron a conocer todo el universo alrededor del banano: piqueteadores, transportadores y un montón de oficios que adquirieron nombre con el corto. “Ellos mismos nos enseñaban cómo se hacía cada oficio, nos contaban de sus abuelos o de sus tías. Es muy bonito porque hace que los niños se apropien de esos saberes y se motivan a hablar, vuelvan a la conversación”, cuenta Eliana.

A veces, dependiendo de la complejidad del microrrelato y de los conocimientos previos que traían los niños, se hicieron una o más historias. En Jericó fueron hasta tres: todo giraba alrededor de la guarnielería, el arte de hacer carrieles. En Santa Fe de Antioquia ocurrió uno de los casos más curiosos; quién creyera, en un municipio tan patrimonial no sabían de algún oficio: hablaron de profesor, mayordomo, cuidador de piscina y no. No se trataba de esos oficios. Hasta que los talleristas hicieron la pregunta mágica: si alguien viene del Japón, ¿ustedes qué le mostrarían que no haya en otra parte? Y todos contestaron: tamarindo. Probar el tamarindo, dijo alguno, es como ver la virgen, y esa imagen fue perfecta para una animación.

En Amalfi la voz de un poeta ambientó la leyenda del tigre. Los jovencitos en Itagüí se cansaron de trabajar y crearon las Fiestas de la Pereza, y los de Puerto Berrío mostraron la pesca con atarraya. Esas son las historias contadas por niños: tan curiosas como sinceras.





Volver a casa

En Medellín, los habitantes de calle encuentran programas donde se les reconoce como personas dignas y se les brinda atención básica y la posibilidad de reincorporarse a la sociedad. Detrás de ese trabajo está también la Universidad de Antioquia.

El día de las velitas el amor de su vida lo echó de la casa. Se cansó. No soportó más convivir con un hombre drogado y alcoholizado. Ya le había dado varias oportunidades y todas las había desperdiciado. Ese siete de diciembre de 2005, 12 policías supervisaron la salida de su casa.

Fue un alivio para él. Se había liberado de las responsabilidades del hogar. Ya no tendría que mercar ni pagar las cuentas de los servicios públicos. No tenía que estar pendiente de una familia. Pensaba: “Ya me echaron de la casa; uno para dormir, duerme en cualquier parte”.

Las calles se convirtieron en su nueva residencia. En Medellín, el atrio de la iglesia del barrio Caicedo era su dormitorio. Soplando y “mercando” lo vieron todos sus conocidos y sus hijos. Nada de eso le importó. Solo después de cuatro meses, tras robarle dinero a un vecino, decidió irse para el centro de Medellín. Pronto se enfrentaría a la realidad del habitante de calle.

Todas las noches él armaba su cambuche con cartón y periódico. La situación no cambiaba si llovía, hacía frío o tenía hambre. Dormía con un ojo abierto y el otro cerrado y con un arma bajo el brazo para defenderse. “Si le sacaron a usted una puñalada y usted tiene la manera de sacar un mata-ganado, sáquelo y métalo, porque si no, a usted se lo llevan”, cuenta.

Como él, existen en la ciudad 3.381 habitantes de calle, de los cuales 2.970 son adultos, según el último censo que hizo la Secretaría de Bienestar Social, en octubre del

2009, para identificar las principales necesidades de esta población. Este mismo censo define al habitante de calle como la persona de cualquier edad que generalmente ha roto sus vínculos familiares y hace de la calle el lugar único para su supervivencia.

A pesar de su condición, estas personas tienen los mismos derechos y deberes que cualquier ciudadano. Cumpliendo con la responsabilidad que tiene la administración municipal de velar por los seres humanos y su dignidad, nace en la década de los 90 el proyecto Centro Día, que tiene como objetivo “atender a la población habitante de calle y brindarles atención en necesidades básicas”, afirma Sandra Milena Restrepo, coordinadora terapéutica y metodológica del proyecto.

Desde las seis de la mañana, un equipo de educadores de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia se dirige a los puntos de la ciudad donde hay mayor concentración de habitantes de calle. Allí mismo, ellos hacen sensibilización uno a uno y posibilitan que haya un traslado de estas personas a los Centros de Atención Básica, donde reciben alimentación, aseo, recreación y actividades culturales. Todo este proceso se hace de manera voluntaria y no a través del control ni de las restricciones; es una invitación, un acompañamiento educativo.

Y aunque para Hernán su situación en la calle era normal, tenía días en que pensaba “Cómo es posible que mi vida se vaya a ir en medio de la droga y del alcohol. Yo ya

me estoy metiendo en cosas muy raras para poder sobrevivir en la calle, como vender vicio. En vez de estar saliendo me estoy metiendo más al fondo”.

Un día se encontró con un viejo amigo que compartía su situación y que le habló de los patios de Centro Día. Le informó que los carros los recogían al frente del Edificio Coltejer a las 7:00 a.m. Hernán no perdió la oportunidad.



Este proyecto pertenece a la Secretaría de Inclusión Social y Familia dentro de la Unidad de Programas Sociales y Especiales de la Alcaldía de Medellín.



Fotos cortesía Alcaldía de Medellín

El renacer

Una voz al otro lado del teléfono se escuchó: “No conozco a ese señor. Ni lo quiero tener en mi casa porque eso es un perjuicio para mí y para mis hijos. Es más, es un perjuicio para la sociedad”. Era la voz de Flor Elva Mira, la esposa de Hernán Darío.

Pese a que él vivía, comía, dormía y hacía todo en las calles, nunca perdió su orgullo. No le gustaba que las personas que lo conocían lo vieran sucio, vuelto nada. Se bañaba todos los días y lavaba su ropa en La Minorista. Por eso fue que en Centro Día no creyeron que fuera un habitante de calle. Llamaron a su esposa para comprobar si, en efecto, lo era.

Los patios son uno de los lugares más visitados por habitantes de calle que buscan un baño, un plato de sopa, compañía, deporte o hasta lectura, por algunas horas. Ellos acceden de manera voluntaria pero desde que ingresan deben seguir y cumplir con las normas que establece el manual de convivencia.

Dos meses en Centro Día Uno lo tenían consternado. No soportaba ver cómo a las 4:00 p.m. de cada viernes, los habitantes de calle salían bien, bañados, peinados, vestidos, y regresaban los lunes a recibir atención médica porque estaban aporreados, con los ojos morados y apuñalados. “Yo tomé eso como un ejemplo para mi vida. Hernán, si vos seguís así mira dónde vas a venir a parar. Yo tengo que salir de acá”.

En el año 2006, la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia se vinculó al proyecto con la Alcaldía de Medellín, para brindarle atención en necesidades básicas y psicosociales e inclusión social a los habitantes de la calle, con un componente diferencial importante: la resocialización.

“La idea no era hacer un proyecto únicamente asistencialista, sino un proyecto que lleve a ese ser humano digno a sentirse de nuevo parte de la sociedad”, afirma Hernando Muñoz Sánchez, Vicedecano de la Facultad.

Cuando cambiaba la página de su libro, un líder del centro se acercó y le dijo, “Caballero, esto aquí no es para vos. Yo veo una perspectiva distinta en vos, veo que sos una persona que podés salir adelante de esto”. Y así, Hernán comenzó a asistir a los grupos de apoyo.

Básicamente, el manual de convivencia ciudadana es lo que se da a conocer en los grupos de apoyo, cosas que “uno pierde en la calle donde el único trato que se recibe y se da es el de hijuetantas pa’ arriba”, afirma Hernán.

Con la Facultad se comienza a aplicar en Centro Día el enfoque de reducción del daño. “Se propone a las personas consumidoras trabajar no desde la radicalidad de la



Si bien los equipos de calle hacen un trabajo permanente, más o menos el 80 por ciento de los habitantes de calle no son trasladados por el equipo, sino que van de manera voluntaria a hacer uso de los servicios.

abstinencia sino minimizar el daño que estas sustancias les genera”, señala Sandra Milena Restrepo.

El paso siguiente era conseguir un trabajo. La decana de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Gloria Patricia Peláez, manifiesta que “en resocialización, se trabaja con ellos para que dejen la condición de habitante de calle y se inscriban en todo el proceso social productivo”. En El Poblado, Hernán empezó a lavar carros y a ganarse 40 mil pesos diarios.

Luego de un mes de estar trabajando pasó a la fase de seguimiento y le dieron un lugar para dormir. Él le pidió fortaleza a Dios para abandonar esa vida, “porque donde yo hubiera seguido así, no duro dos años más; a mí ya

me habían dado en la calle, me habían apuñalado”. Seguir asistiendo a los grupos de apoyo, ir a Centro Día de lunes a sábado a las 6:00 a.m. y después a trabajar, fueron las únicas condiciones.

Hernán Darío Rojas ya no lleva una vida callejera. Ahora hace parte de los 305 egresados que se han graduado desde el 2006. El mismo proceso que él comenzó, lo llevan alrededor de 200 habitantes de calle que se encuentran en seguimiento, y 120 personas que están en resocialización.

Recuperó a su familia. Juntos tienen un taller de confección. No volvió a tomar licor ni a drogarse. Este proyecto le permitió renacer y el único requisito fue querer salir de esa vida, tomar conciencia de su problema. ■

El sistema de atención al habitante adulto de calle tiene para su ejecución cuatro centros. En Centro Día 1 y Centro 24 Horas se ofrece atención básica que permite al habitante de calle mejorar su calidad de vida, pero como su nombre lo indica, el primero solo ofrece los servicios

de día mientras el otro atiende las 24 horas. Los otros dos centros son de resocialización: en uno de ellos se realiza todo el proceso, mientras que en el otro se hace el seguimiento al usuario que ha dejado su condición de calle y se ha vinculado al lazo social productivo.

“Más cerca del Pacífico”



una historia de *mujeres* que superaron la **exclusión social**



Una asociación de mujeres afrocolombianas, cinco unidades productivas, tres establecimientos de comercio y una escuela itinerante, mujeres talentosas, líderes y orgullosas de su cultura: todo esto fue posible gracias a un convenio de cooperación internacional, al compromiso de la Alcaldía de Medellín y la Universidad de Antioquia. Una historia que debía ser y, por encima de todo, es valiente.

Entras. *Más cerca del pacífico* dicen unas letras negras en la pared naranja. En todas las esquinas ves dibujos de tambores, bailes, un *No a la violencia contra las mujeres*. Categórico. Ves afiches sobre las fiestas de San Pacho en Quibdó. ¡Ay, San Pacho bendito! Aprendes que el día de la afrocolombianidad es el 21 de mayo. Comienzas a escuchar, las mujeres están en una cocina, parlotean, sueltan carcajadas, a veces cantan, quizás un vallenato *para salvarme de las amarguras*, o una salsa de esas románticas en la voz de un negro -sabes que es la voz de un negro por esa explosión de dulzura y potencia-. Luego hueles, las mujeres preparan sus platos. *Más cerca del pacífico*, no lo olvides. Estás sentado y mientras la canción pide un rinconcito para nosotros, si tú lo quieres lo voy a buscar, Yorlenny Mosquera, una mujer de 25 años que nació en Zaragoza, Antioquia, pero que responde que es chochoana cada vez que le preguntan, confiesa:

“Históricamente venimos con un peso grande que todavía está guardado en la memoria. Siendo esclavos nos enseñaron a desconfiar de los otros, a quedarnos callados. Por eso fue tan importante este proyecto: antes hablábamos de mujeres subyugadas, maltratadas, desconfiadas, solas, sometidas a todo ese entorno machista que te dice *vos no servís para nada*. Ahora no, ya tienen voz, pueden decir cómo se hacen las cosas, qué les gusta y qué no, son empresarias, van a reuniones y deciden”.

Estás en Bija y Barullo -bija por el condimento que utilizan las comunidades afrocolombianas para preparar

sus alimentos y barullo porque es una fiesta-, un restaurante administrado y atendido por un grupo de mujeres de las comunas 8 y 9 de Medellín. Mujeres afro. La canción sigue murmurando, *vámonos a otro lugar, donde no nos juzguen más*, y Yorlenny, presidenta de la Asociación de Mujeres Afrocolombianas, continúa: “El proyecto, las capacitaciones, cada reunión, el teatro, todo tenía una razón de ser: conciliar nuestros sueños de mujer, los de nuestras familias y la necesidad de hacer empresa. Nos dijeron: ‘Ojo, ser empresaria significa tiempo, paciencia, apoyo, dedicación, significa que quieras, que si eres maltratada no vas a poder’. Encontramos nuestras fortalezas y nos agrupamos para hacer esos sueños realidad”.

Hace cinco años comenzó todo esto con un convenio de cooperación internacional. Tres instituciones: el Ayuntamiento de Bilbao, la Diputación Foral de Biskaia y la Caja BBK de ahorros decidieron apostarle económicamente a una experiencia descentralizada, y por relaciones históricas de hermanamiento entre instituciones, la región escogida fue Antioquia. Así nació el Programa AMBBI – Antioquia, Medellín, Biskaia, Bilbao–.

Invitaron a la Universidad de Antioquia y a la Alcaldía de Medellín a pensar en un proyecto enfocado hacia la equidad de género y el desarrollo local: “De la exclusión al reconocimiento”, se llamó.

Fue así como pensando en una comunidad históricamente marginada, apareció la oportunidad de trabajar con la población afrocolombiana de la ciudad, especialmente

en las comunas 8 (Villa Hermosa) y 9 (Buenos Aires). Se trataba de volcar la inversión del País Vasco en un proyecto que mejorara sus condiciones de inclusión social, económicas y culturales. Un proyecto que pusiera a estas mujeres a dialogar con la ciudad a partir de su reconocimiento como mujeres afro y que les permitiera pensar en autonomía económica.

En medio de este proceso, la Universidad de Antioquia fue llamada a hacer las veces de juez y administrador de los recursos en un trabajo cooperativo entre la Facultad de Ciencias Económicas y la Dirección de Relaciones Internacionales. Entre tantas voces activas, tantas ganas de hacer, la Universidad debía: uno, servir de administradora de los recursos, y dos, velar porque los enfoques de equidad de género y desarrollo local no perdieran su rumbo.

“Entramos a reconocer las habilidades, las visiones, las formas de trabajo, las maneras de insertarse en la ciudad de esta comunidad, y a partir de su acervo cultural, de su conocimiento, fortalecer esas capacidades, fortalecer la identidad afro, lo que significa ser afro en una ciudad como Medellín. Para lograrlo teníamos que hablar de capacitación asociativa, tocar el rol de las mujeres en las relaciones de poder, empoderarlas: todo esto acompañado de sus relatos, de su puesta en escena, de la capacidad interpretativa y simbólica de su mundo, la música, el biorritmo de la palabra, del cuerpo, su gastronomía”, comenta Diego Franco, asesor de la Dirección de Relaciones Internacionales de la Universidad y cogestor de *De la exclusión al reconocimiento*.

¡Y vaya!, sí que las encontraron: habilidades, destrezas

innatas, la cocina chochoana, el cuidado de la ropa y del hogar, el trabajo con la estilística del cabello, la capacidad de moverse en el mundo. Pero lo primero fue llegar a los barrios, correr el rumor con los líderes de las juntas de acción comunal, invitar a las mujeres a la presentación del proceso y acercarlas. Acercarlas, sobre todo, entre ellas mismas. Lo siguiente, con las mujeres que decidieron participar, fue comenzar una serie de capacitaciones: desde qué es una organización, por qué es importante estar juntas, para qué y por qué

movilizarse, pasando por qué son los derechos sexuales y reproductivos, talleres de autoestima, quién soy, me gusta o no mi cuerpo, cuáles son los derechos y deberes, por qué los tengo, hasta asuntos de alfabetización como quiénes saben escribir o quiénes no han terminado el bachillerato y quieren hacerlo.

Sobre todo, dice Ana Rita, la administradora actual de Bija y Barullo, las capacitaban para hacer más llevadera la vida. Y a decirle no al abuso.

Y como la vida es, por encima de todo, un asunto de supervivencia, esa búsqueda y encuentro con las habilidades de estas mujeres tenía un claro propósito: crearles oportunidades de tejido productivo. *Que vos sabés hacer trenzas y que cuánto te pagan, nada, y por qué; que vos hacés el mejor arroz bochinche de la ciudad, y que cuánto cobrás, nada, cómo así; que vos cuidás los niños mientras todas estamos en las reuniones porque te gusta hacerlo, hay que hacer algo*.

Así, después de que la Universidad evaluara la factibilidad de las empresas, apareció Bija y Barullo, porque la comida y el sazón afrocolombiano podían tener su espacio en el centro de la ciudad, o la



En la misma línea, la del diálogo intercultural, 90 jóvenes – primos, hermanos, hijos, sobrinos de las mujeres del proyecto– conformaron una escuela itinerante. Con el apoyo de la misma Corporación se forman en varias líneas: audiovisual, danza, canto y teatro. “Rescatan sus raíces, bailan su música, pero la mezclan con los géneros de ahora y de la ciudad y le dicen no a la violencia”, dice Laura García, comunicadora alguna vez del proyecto.





proveeduría Calidad y Ganancia, en el barrio Buenos Aires, pues la mayoría de mujeres eran tenderas y resultaba productivo montar una súper tienda que las surtiera a todas y permitiera mejores precios. También las más expertas en peinados decidieron que si bien no pretendían tener un local, querían estudiar, profesionalizarse y ofrecer sus servicios a domicilio. Para eso estudiaron dos años y medio, y formaron redes. Otras montaron una miscelánea aprovechando que sabían de costura: intercambian ropa usada en buenas condiciones, la transforman a través de bisutería y la venden a precios económicos. Y en medio del sueño por tener una empresa de cuidadoras de niños, nueve mujeres hacen la profesionalización en la Normal Superior de Antioquia como pedagogas.

En medio de esta historia, y por iniciativa propia, las 150 mujeres del proyecto decidieron conformar la Asociación Mujeres Afrocolombianas y la mayoría encontró en el teatro un medio para contar sus historias, las del pasado, de desplazamiento y violencia intrafamiliar. Las que están ahí y de alguna forma tienen que salir. Ahora, ellas, son mujeres que no ven en su cultura un obstáculo, por el contrario es su mejor aliado. Ahora, ellas, no llegan con morados a las reuniones por cuenta de la violencia, eso es cuento pasado. Después de cinco vigencias, el proyecto terminó, pero las mujeres están más que capacitadas para seguir. ■

Afrocolombianos

Se reconoce a estas comunidades como descendientes de esclavos africanos que conquistaron su libertad entre 1510 y 1582. Desde entonces su historia ha estado ligada al desplazamiento y la exclusión social. De acuerdo con el DANE, el 10,6 por ciento de la población colombiana es afrodescendiente. Es decir, más de cuatro millones de colombianos. Medellín es la cuarta ciudad con mayor población negra (137.988), después de Cali, Cartagena y Buenaventura. Las cifras en el país son alarmantes: según estudios del Departamento Nacional de Planeación, el 85 por ciento de la población afrocolombiana vive en condiciones de miseria, exclusión social y discriminación racial.



Fotos cortesía Programa AMBBI



Por los caminos de la

cultura



Los circuitos culturales de la universidad de Antioquia son, ante todo, una oportunidad para el diálogo de saberes y el reconocimiento de las iniciativas culturales que nacen desde los municipios. Esta vez, estuvimos en Abejorral y Sonsón, oriente de Antioquia.

Las caras de asombro son evidentes. Es la primera vez que decenas de niños de Pantanillo, corregimiento de Abejorral, ven un clown o payaso. Expectantes, sin parpadear, siguen cada movimiento de Las Malagueñas, un cuarteto de mujeres clown que con su presentación cargada de música y ocurrencias hacen reír y reflexionar a los espectadores.

Al mismo tiempo, en la zona urbana del municipio, los presos de la cárcel de Abejorral disfrutaban de algo inusual en sus rutinas de espera: ver cine. En un salón de la cárcel, entre risas, observan cómo Charlot, el emblemático personaje de Chaplin, pasa las duras y las maduras en *Tiempos modernos*.

Mientras tanto, en el teatro del pueblo, un grupo de adultos mayores goza con la obra *La cantaleta paisa*, a cargo de estudiantes de la institución educativa Manuel Canuto Restrepo.

Y a unos pasos de allí, en el parque principal, decenas de curiosos se congregan a ver los retratos generados en el taller de dibujo a lápiz. Más allá, algunos niños hacen paisajes con plastilina. Otros pintan. Algunos más se entretienen con juegos didácticos. Ciertos jóvenes se informan sobre la oferta institucional de la Universidad de Antioquia, en un stand adecuado para ello. Otros hablan sobre la exhibición de artes marciales que vieron el día anterior. Algunos más discuten sobre qué libro comprar en el stand de la editorial universitaria.



Así, en simultáneo: un girar de manifestaciones artísticas para todo tipo de público. Sin ir muy lejos, en el vecino municipio de Sonsón se vive una historia parecida. Se trata de los circuitos culturales de la Universidad de Antioquia, una iniciativa de la Vicerrectoría de Extensión, a través del Departamento de Extensión Cultural, que logra descentralizar la oferta cultural de la Universidad para llegar a las subregiones y generar espacios de reflexión y disfrute del arte con propuestas de calidad.

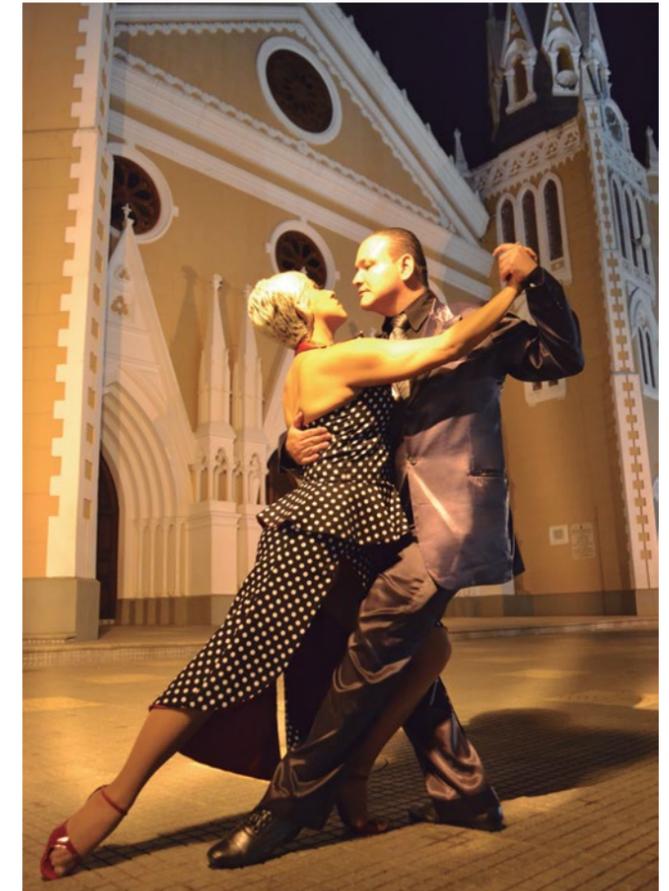
Nuevos circuitos

Entre el 18 y 19 de julio, estos circuitos se tomaron a Sonsón y Abejorral. Talleres didácticos, muestra de artes marciales, exhibición de arte local, cine, teatro, música, danza, murales, entre otras actividades, hicieron parte de la agenda en estos municipios.

Si bien los circuitos facilitan que artistas de nivel nacional e internacional puedan presentarse en las diferentes subregiones, lo cual es una oportunidad ciertamente escasa para muchos municipios, su función va más allá. “No pretendemos llevar cultura, que es una mirada desacertada. Lo que pretendemos, por el contrario, es construir propuestas entre todos, valorar sobre todo el arte propio de los municipios y tratar de fortalecerlo. Por ello, desde antes de cada circuito visitamos el municipio, nos reunimos con representantes del sector cultural y construimos conjuntamente una propuesta que permita el diálogo entre los artistas locales y los artistas visitantes. Por ello, también, los circuitos van acompañados de talleres en gestión cultural, por ejemplo”, comenta Silvia Yaneth Álvarez Ortiz, coordinadora del Programa Guía Cultural de la Universidad de Antioquia.

En el caso de Abejorral, una de las actividades más importantes fue la exhibición de arte local, con la participación de diez artistas plásticos o artesanos del municipio. Fotografía, bordado, pintura, talla en madera, entre otras expresiones, se pudieron observar en la muestra. “Una oportunidad muy especial para nosotros. Era la primera vez que artistas de este tipo compartíamos espacio y nos sirvió para conocernos y saber que tantas personas del pueblo estaban interesadas en la plástica”, comenta Wilson Alexander Giraldo, joven pintor abejorraleño.

Por su parte, Daniel Santa Isaza, director de la Casa de la Cultura, agrega: “La sensación general con el circuito fue esa: sorpresa al reconocer que había tanto arte en Abejorral y alegría por poder apreciar actos culturales que rara vez llegan a un municipio como el nuestro. Eso les abre el mundo a los muchachos. Tanto porque ganan sensibilidad frente al arte como por darse cuenta de que hay una insti-



A los circuitos culturales se han vinculado diferentes dependencias de la Universidad como el Departamento de Publicaciones, el Departamento de Admisiones y Registro, y Bienestar Universitario. Próximamente, los circuitos contarán con la presencia también del Museo Universitario.



tución llamada Universidad de Antioquia, que es de todo el departamento y de la que pueden hacer parte”.

Por lo pronto, los circuitos culturales seguirán girando por las diferentes subregiones, vinculando cada vez más dependencias, logrando que el nombre de la Universidad se acerque más al corazón de los antioqueños desde algo tan sensible como es el arte. Desde que el programa naciera en 2007, ha recorrido municipios como El Carmen de Viboral, Caucasia, Ciudad Bolívar, Yarumal, Apartadó-Turbo, Puerto Berrío, Amalfi, Santa Fe de Antioquia, Urrao. El año entrante la prioridad estará en los pueblos del Urabá antioqueño, con *La Ruta del Bullerengue*. En cada circuito, como lo resalta María Adelaida Jaramillo González, jefa del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia, se siguen ganando aprendizajes de lado y lado, experiencias. “Y es que gracias a trabajos como estos, desde la Universidad cada vez vamos entendiendo mejor las lógicas de los municipios. Estudiando esas riquezas culturales y humanas entenderemos una mejor manera de ser y hacer universidad en las regiones”.

La Ruta del Bullerengue

El pasado 9 de julio de 2013 en el municipio de Chigorodó se presentaron los primeros resultados de la estrategia La Ruta del Bullerengue.

El proyecto, que tiene como fin el crecimiento de los procesos y el desarrollo artístico y cultural de toda la región de Urabá, es el resultado de la alianza entre el Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia, la Universidad de Antioquia, la Institución Universitaria Tecnológico de Antioquia y el Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid.

Exposiciones fotográficas, temporada de “Teatro a lo legal”, diplomado en Cultura de la Legalidad, organización de fiestas tradicionales, asesorías territoriales, tertulias, apoyo al Festival Nacional del Bullerengue, corredor de talentos, circuitos culturales, empresas culturales, formación para el trabajo, cátedras y pregrado, son algunas de las acciones que incluye esta ruta cultural.



Cada circuito busca valorar el talento local y fortalecerlo. En el caso de Urrao, por ejemplo, hubo una fuerte presencia de manifestaciones culturales indígenas presentes en la región.



Hasta el momento van 20 circuitos culturales.



El programa de circuitos culturales hace parte del Plan de Cultura y del Plan de Desarrollo 2006 - 2016 de la Universidad de Antioquia.

Vivir del arte

No es un fondo de premios, ni un diplomado, ni una oferta de microcréditos. El Programa Empresas Culturales y Creativas es una iniciativa de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia y la Fundación Interarts de Barcelona, con el apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, que busca incentivar la creación de empresas culturales sostenibles, teniendo como herramientas las asesorías y la gestión empresarial. Vean cómo es.

Ése que está allá, rubio él, es escritor. Se llama Álvaro Adams y tiene un libro llamado *El color de los ocasos*, con historias de Urabá. Aquella otra, de cara limpia y dientes perfectos, lleva por nombre Mariam Rodríguez y es una líder juvenil que quiere montar una empresa de realización de eventos culturales. Aquel señor, pelirrojo y hablantinoso, es poeta, ayuda a muchos artistas a promocionar sus obras. Ese otro, Miller Monzón, es locutor, sueña con montar una emisora cultural en Arboletes. Aquel, Francisco Delgado, tiene un periódico local desde hace más de 20 años. Este, Roberto Varón, desea fortalecer una red con los pintores de la zona, que ya tiene nombre: Corpipro, Corporación de Pintores de Provincia. Aquellos chicos, melnudos todos, tienen un grupo de teatro estudiantil, pero muy profesional. El grupo se llama El Totumo Encanto y desde una vereda en Necoclí, de donde son, han ganado premios departamentales por su talento. El moreno que ve allá, de manos callosas, es un juglar de la zona; se llama Oswaldo Cuavas y lleva montones de años cantando canciones que cuentan historias de estos pueblos. Y así como ellos, hay muchos otros en todo el Urabá que participaron del programa Empresas Culturales y Creativas, de la Universidad de Antioquia y la Fundación Interarts, de Barcelona. Todos ellos, tan disímiles, tan blancos unos y negros los otros, jóvenes o viejos, tienen el mismo sueño: vivir de su arte. Eso que los apasiona. Y para eso sirvió mucho este programa.

¿Que cómo es? Déjeme y le cuento. Hace unos años, en 2004, la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia estaba buscando aliados para crear un programa que incentivara dentro del sector artístico y creativo la cultura del emprendimiento. Eso tan necesario, el emprendimiento, para poder vivir de lo que se hace, para destacarse en cualquier mercado, encontró respuesta en la Fundación Interarts, una ONG con proyección internacional y dedicada precisamente a eso, a contribuir con el desarrollo del sector cultural en diferentes partes del mundo. Juntos consiguieron el apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo y nació el Programa Empresas Culturales y Creativas.

Luego de un periodo de diagnóstico, donde identificaron muchas de las dificultades para los artistas en Medellín, en 2007 se realizó la primera convocatoria de ideas de negocio para el sector artístico y cultural de esta ciudad, a la que se presentaron 57 proyectos que fueron evaluados por expertos de la Universidad Eafit, Parque E y Comfama, socios estratégicos del Programa.

Con los padres de estas ideas, todos ellos del sector cultural, se empezó un proceso de capacitación y acompañamiento por parte de la Facultad de Artes. Planes de negocio, formación técnica empresarial, aspectos básicos como finanzas, aspectos legales (propiedad intelectual y formas de constitución), máquetin cultural, investigación de mercado, planeación estratégica, políticas y gestión

cultural: todos estos fueron temas que se abordaron en las capacitaciones. Luego de esto, los emprendedores pasaron a una etapa de asesorías grupales y personalizadas, y después a un proceso de acompañamiento de un experto que conjuntamente con el emprendedor definía las áreas a fortalecer e iniciaba las gestiones en busca de la consolidación y puesta en marcha de la empresa cultural.

No se trató, pues, de darles plata, sino de acompañar a las empresas culturales, ayudarlas a ser sostenibles, consolidarlas en el mercado. Desde ampliar la base de datos de clientes, realizar contactos, hacer visitas a clientes, definir mercados, participación en ferias, etcétera, hasta crear redes, tan importantes para las empresas creativas. De todo este proceso en Medellín nacieron dos: la Unión del Sector de la Música, USM, y una asociación audiovisual de videojuegos y animación, AVA. Todas ya sostenibles, marchando y sumando artistas y creativos para trabajar juntos.

Camino a Urabá

Entonces, luego de dos ediciones del programa en Medellín en las que se fortalecieron más de cien empresas culturales, en 2012 el programa llega hasta el Urabá, donde igualmente el talento y las ganas sobran.

Es que el Urabá está de moda, dicen muchos. Es un eje económico, un centro de cultura. Con la ayuda de las administraciones municipales, que aportaron en la divulgación del proyecto, se seleccionaron 35 ideas de negocio y se comenzaron las capacitaciones en Apartadó, a las que asistieron también emprendedores de pueblos vecinos como Chigorodó o San Pedro de Urabá.

Pero no solo fue esto. Como lo explica Jusseh Restrepo, coordinador del programa, “Se trabajó en tres frentes. Uno de ellos fue las capacitaciones y acompañamientos, donde se buscaba que cada emprendedor encontrara su especificidad en el arte y qué valores agregados tenían para que pudieran explotarlos desde la innovación. Otro fue la articulación con los gobiernos locales, mediante un proceso de formación a funcionarios en temas de economía de la cultura, que condujera a un compromiso de políticas públicas que favorecieran el sector cultural. Y el otro frente fue la conformación de un grupo de apoyo de entidades públicas y privadas, para posibilitar alianzas que beneficiaran el proceso. Así, pusimos a dialogar las cajas de compensación como Comfenalco y Comfama, las empresas bananeras, el Sena, la Corporación de Turismo de Antioquia, las universidades, la Cámara de Comercio de Urabá. Con estas organizaciones creamos una mesa de apoyo interinstitucional donde conversábamos qué es el emprendimiento cultural y cómo estas organizaciones podían apoyar las iniciativas de los emprendedores”.

Foto: José María Ruiz



Este año, buscando abarcar más municipios de Urabá, el programa se instauró en Arboletes, donde se acompañaron otras 21 ideas de negocio de la zona norte, y donde, como dice Mariam Rodríguez, esa de allá, “encontramos el conocimiento para darle firmeza a unas ideas que estaban en el aire”. O, como dice Oswaldo Cuavas, el juglar, “comprendimos que la cultura también tiene leyes, que hay que conocerlas y aprovecharlas”. O, como afirma Roberto Varón, el pintor, “reafirmamos que es necesario crear redes para hacernos más visibles”. O, como dice María Victoria Suaza, de Camaleón artes escénicas, “entendimos también la cultura como un proyecto, como máquetin e imagen institucional, un producto entregado con calidad”.

La idea es seguir. Desde los socios del programa las voluntades siguen despiertas, entendiendo que el desarrollo igualmente pasa por la cultura. Por ahora, muchas cosas han mejorado. Ya hay una red de artistas en Apartadó; una corporación de pintores para todo el Urabá; se desarrolló un directorio de artistas y creativos; algunas ideas de negocio están postuladas dentro del programa de capital semilla; se organizó el primer foro de emprendimiento cultural; se tiene una mesa de apoyo interinstitucional. Se aprendió que las empresas culturales también necesitan del emprendimiento, de una imagen corporativa, de un cuidado desde lo financiero.



Foto: José María Ruiz

Incentivar la creación de empresas culturales sostenibles que contribuyan con la visibilización, organización y productividad del sector artístico y cultural y con el mejoramiento de la calidad de vida de artistas y creativos es el objetivo del programa.



En cualquier caso, las ganas de continuar siguen ahí. Esos chicos, los del El Totumo Encantado, que no les importó viajar desde una vereda en Necoclí para venir a las capacitaciones; o para Humberto Garcés, el artesano, que ya ganó capital semilla; o para Mariam, que ya está organizando su primer evento cultural con visión de empresa, todos ellos y muchos otros de los que han estado en este programa, viven por el arte. Es lo que los mueve, una fuerza básica. Ahora, gracias al programa, están aprendiendo a vivir del arte también. ■



En el link www.empresaculturales.com puede encontrarse más información sobre el programa.



En varias ocasiones, la experiencia de este programa se ha presentado en foros internacionales en países como Honduras, Argentina y España.



Ese dulce sabor de la yuca

“Más ordinario que un helado de yuca”, dice un chiste popular, pero unas mujeres campesinas antioqueñas demostraron que un helado de yuca, en realidad, es un producto muy exclusivo. Gracias al acompañamiento de ingenieros y tecnólogos de alimentos de la Universidad de Antioquia, no solo lograron producir una paleta de yuca deliciosa y nutritiva, sino también una bebida saborizada, un arequipe y una torta de yuca con valor agregado.

El jeep Willys en el que viajábamos levantaba nubes de polvo a su paso, se tambaleaba de un lado a otro, avanzaba lento y dudoso por un camino muy angosto en el filo de las montañas de la Cordillera Occidental. Se sentía vértigo al mirar por la ventana y verse tan cerca de ese barranco profundo y sin un parapeto para impedir que accidentalmente rodáramos pendiente abajo en medio de los cafetales que tapizaban las montañas.

Íbamos a reunirnos con un grupo de mujeres rurales de la vereda El Líbano, del municipio de Andes, en el Suroeste antioqueño. Queríamos saber qué había pasado con sus vidas después de haberse dedicado por más de cinco años al proyecto, a “su proyecto”. Perseguían el sueño de crear un negocio de elaboración y venta de productos alimenticios novedosos, sabrosos, nutritivos y de calidad, a base de la yuca que ellas mismas cultivaban.

Con el proyecto, ellas se beneficiarían al encontrar una nueva fuente de ingresos; también lo harían los niños y los ancianos, ya que los productos se incluirían en los programas de complementación alimentaria de la alcaldía municipal; y se impulsaría la seguridad alimentaria de la zona al darle nuevos usos a un cultivo abundante y propio de la región, diferente al café.

Improvisaron una planta de producción, más bien una cocina precaria, en el salón comunal de la vereda. Allí trabajaban de manera artesanal, no conocían de buenas prác-

ticas de manipulación de alimentos, cocinaban con fogón de leña, no contaban con sistemas de refrigeración para conservar los productos, ni con los utensilios adecuados para su preparación; cada una llevaba lo que podía de sus casas: olla, licuadora, sartén. Algunas debían caminar trayectos largos para llegar al sitio de reunión, además de dividir su tiempo entre los talleres, el procesamiento, el cuidado del cultivo, las jornadas de trabajo en los cafetales, las fincas, sus esposos y sus hogares.

No es fácil llegar a la vereda ni salir de ella. Las distancias son largas, las vías de comunicación se encuentran en mal estado y solo hay transporte dos días a la semana. Desde los municipios más cercanos, Andes o Jardín, únicamente salen *chivas* los martes y los sábados a las seis de la mañana, con regreso a las cinco de la tarde.

Ese fue quizás el principal obstáculo del proyecto, tanto para que las mujeres ofrecieran sus productos por fuera de la vereda como para que los universitarios viajaran hasta allá periódicamente desde Medellín a dictar los talleres. Ellos tenían que llegar desde la noche anterior y madrugar para alcanzar el transporte público, pues un vehículo particular, como un jeep que soportara las condiciones del terreno, costaba diez veces más.

Por ello, María Clara Marín, de 19 años, jardineña, fue clave como enlace entre las mujeres de la vereda y los ingenieros de alimentos en Medellín, profesores de la Facultad de Química Farmacéutica: Fáber Alonso Rodríguez

Apoyo internacional

La **Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo** (AECID) es el principal órgano de gestión de la Cooperación Española, orientada a la lucha contra la pobreza y el desarrollo humano sostenible. En el ámbito cultural, la Agencia ha trabajado durante 25 años bajo el convencimiento de que la cultura es un motor más del desarrollo. A través de sus Centros Culturales reparti-

dos por América Latina y África subsahariana, la AECID ha favorecido la creación cultural y ha formado a los actores culturales locales para hacer del sector cultural en cada país una nueva oportunidad de desarrollo.

Fundada en 1995, Interarts es una agencia privada con proyección internacional dedicada a apoyar el diseño de políticas culturales, contribuir a los procesos de desarrollo desde el sector cultural y facilitar la transferencia de conocimientos e información en el campo de la cultura. Desde Barcelona, Interarts apoya iniciativas culturales en todo el mundo.



El proyecto tuvo un importante valor científico, ya que permitió caracterizar un producto regional muy específico. La investigación halló que la yuca del Líbano aporta calorías, carbohidratos y que con las formulaciones aumentan el nivel de proteína. Además, la revisión de literatura científica no reportó referencias de elaboración de paletas o helados de yuca, ni en Colombia, ni en otros lugares del mundo. Como resultado de este proyecto se publicó un artículo científico.

y Óscar Vega, el coordinador del proyecto. Ella se vinculó cuando era estudiante de cuarto semestre de Tecnología de Alimentos de la Seccional Suroeste de la Universidad de Antioquia.

“El primer día que fuimos a la vereda terminamos el taller antes del mediodía. Ellas nos dijeron ‘váyanse caminando, eso es allí cerquita’ y nosotros empezamos a caminar, ¡pero qué pérdida tan impresionante! Ya llevábamos cinco horas andando por cafetales, veredas, trochas, potreros, y todavía estábamos perdidos. Igual nos seguimos devolviendo a pie porque no podíamos quedarnos y no teníamos transporte particular, era muy caro. A veces por suerte pasaba un jeep que nos llevaba”, me contó María Clara la noche anterior, mientras nos tomábamos un café para calmar el frío en el parque central del municipio de Jardín.

Hace ya un año que habían terminado las capacitaciones y María Clara no había vuelto. Ahora viajaba conmigo para ver qué había pasado desde entonces.

La historia de VAYULÍ

Variedad de productos de la Yuca del Líbano –VAYULÍ– es el nombre del grupo de aproximadamente 30 mujeres que se conformó hace más de cinco años, tras un campamento universitario que llevó el Sena con su programa de emprendimiento rural. Con ellos comenzaron a explorar otras posibilidades de la yuca diferentes a prepararla frita o en sancocho.

Pero era necesario que los procesos de fabricación se mejoraran para que los productos cumplieran con los requisitos de calidad y nutrición. Fue entonces cuando la



Universidad de Antioquia se vinculó a través de la convocatoria para proyectos de extensión en las regiones, en el 2010, con una iniciativa liderada por el ingeniero Óscar Vega, y en la cual también participaron la profesora Luz Marina Carvajal y su grupo de estudiantes del curso Proyecto comunitario, de Tecnología de Alimentos, en Andes.

“Lo primero que hicimos fue enseñarles a procesar, usar gorro, delantal, quitarse los aretes, el maquillaje, el pintauñas y usar ropa clara. También les enseñamos cómo almacenar las materias primas, cómo usar desinfectantes, cómo lavarse las manos, les llevamos jabón yodado y unos angeos”, explicó María Clara.

Los productos tenían una vida útil muy corta y en cada preparación tenían sabores y texturas distintas. Unas veces eran salados, otras más dulces y otras más espesos. De modo que comenzaron con el proceso de estandarización y formulación para que mantuvieran las mismas características.

“Todo lo hacían al ojo. Un día les pedimos que llevaran calculadora para explicarles la regla de tres: ‘Si para una persona usted echa tantos gramos de harina, ¿cuántos tiene que echar para diez personas?’ Eso fue un dolor de cabeza para ellas”, relató María Clara.

Mientras tanto, con pruebas realizadas en los laboratorios de análisis sensorial y de análisis físico-químico de



Según la FAO, la yuca podría ser el producto del Siglo XXI. Por sus propiedades físicas y químicas tiene una gran potencialidad para la obtención de nuevos alimentos, biopolímeros, biocombustibles y fabricación de enzimas. Por ello promueve un modelo para aumentar su rendimiento en un 400 por ciento.



Las mujeres rurales tienen una contribución decisiva en las economías rurales de los países, la mejora de la seguridad alimentaria y la erradicación de la pobreza rural. Participan en la producción de cultivos, el cuidado del ganado, la provisión de alimentos, agua y combustible para sus familias. Además, cuidan de los niños, los ancianos y los enfermos. Por ello, Naciones Unidas declaró el 15 de octubre como *Día internacional para el empoderamiento de las Mujeres Rurales*.

la Universidad de Antioquia, los profesores Óscar y Fáber analizaban las propiedades de los productos y desarrollaban las formulaciones. “Luego de tener las fórmulas les enseñamos el paso a paso y las cantidades precisas. Publicamos y les entregamos una cartilla titulada *Transformando la yuca: del laboratorio al campo*, en donde explicamos los tipos de contaminación de alimentos y también quedan claros los procedimientos”, explicó el ingeniero Óscar Vega.

El reencuentro y la realidad

Después de poco más de una hora de viaje, María Clara y yo llegamos a la vereda. Todo estaba tranquilo, solo se escuchaban los ladridos de un perro en la distancia y el trinar de los pájaros. Allí viven alrededor de 300 personas en fincas dispersas en medio de las montañas y las plantaciones de café.

En una de estas fincas estaba Claudia haciendo las faenas del hogar. Esta mujer de 36 años, casada y madre de una joven de 19, era la líder del grupo. Con ella estaban María del Carmen, de 57 años, su compañera del proyecto desde el principio y quien en la actualidad maneja el grupo

de la tercera edad de la vereda; y Ofilia, otra integrante del grupo, separada y madre de una adolescente.

“Comenzamos haciendo confites y bombones, sabían delicioso, pero no nos quedaban duros; luego con los de la Universidad aprendimos a hacer arequipes, helados, avenas...; también aprendimos muchas cosas de higiene en las que ahora nos fijamos hasta en la casa –contaron–. Aún no ganamos dinero y en el grupo ya somos menos de la mitad, pero es nuestro proyecto de vida y estamos firmes con él. Nos gusta reunirnos, aprender sobre algo diferente, hacer algo nuevo”.

En la actualidad, el proyecto está suspendido. Debido al cambio de la junta de acción comunal de la vereda se paró la construcción de la planta de producción en el segundo piso del salón comunal, por lo tanto ya no lo están usando como cocina. Tanto las mujeres como los profesores quieren darle continuidad, pero es necesario un trabajo articulado entre diferentes instituciones gubernamentales, sociales y académicas para sensibilizar al resto de la comunidad y generar condiciones favorables para el desarrollo de esta iniciativa que puede traer grandes beneficios y empoderar a estas mujeres rurales. Por lo pronto, la fe en la yuca como un producto diferente sigue en pie. ■



Verdades de sangre

Más allá de un asunto biológico, determinar la veracidad de los lazos de consanguinidad a través de las pruebas de ADN permite salvaguardar derechos para los menores y darles reconocimiento. Permitir que más personas tengan la facilidad de acceder a estas pruebas es uno de los trabajos del Laboratorio IdentiGen, de la Universidad de Antioquia.

Ella estaba sentada frente a él cuando sintió un disparo. El impacto lo recibió primero en su cabeza y segundos después en el corazón. Lo miró a los ojos y no vio a la misma persona que esperaba ver. Comenzó a llorar. Lloró desde ese entonces hasta muchos meses después.

Un sobre de tamaño carta fue el arma que desdibujó su sonrisa, desplumó su esperanza y dio vuelta a su mundo. Un sobre que contenía el resultado de una prueba de ADN. No murió esa tarde de enero, al menos no literalmente, pero ella así lo percibió luego de descubrir un engaño de 18 años: el hombre que tenía al frente no era, como siempre lo había creído, su padre.

En una fracción de segundo algo en su interior se había roto de manera contundente e irreparable. Presa del llanto y con un hilo de voz le dijo: “no es verdad, papito, no es verdad”. Pero sí lo era, y ambos lo sabían.

Con el advenimiento de los adelantos tecnológicos y de las pruebas genéticas, el rumor de vecinos y conocidos se comprobó gracias a la prueba de ADN, la más exacta y eficaz para determinar relaciones de parentesco. Refuta o aprueba la paternidad. Él era un hombre que deseaba confirmar la verdad para su mayor tranquilidad y, en el 2012, le propuso a ella realizarse la prueba. Ella no se opuso, estaba segura de que él era su padre.

El enigma

Su llanto se escuchó por vez primera en el Hospital de Barranquilla. El calendario marcaba un 12 de octubre de 1994. En la sala de espera un hombre moreno y de contextura gruesa caminaba de rincón a rincón. Era él, Simonides Ledesma, el que su madre aseguraba que era el padre de la niña.

Salió un momento del hospital y cuando regresó, se enteró de que otro hombre, Gustavo Mojica, había estado ahí reclamando a la recién nacida como suya y que en el Certificado de Nacido Vivo figuraba como padre de la bebé. Los reclamos del señor Ledesma fueron inútiles.

En Colombia hay más de 30 mil niños, niñas y adolescentes por quienes no responde un padre por pruebas de paternidad, afirma Beatriz Linares Cantillo, directora de la Agencia Nacional para la Superación de la Pobreza Extrema, ANSPE. Es por eso que una de las cuestiones más relevantes jurídicamente de una persona es la filiación; esta no solo determina aspectos sociales de una persona, su pertenencia, sino que le permite un nombre y genera una serie de derechos y obligaciones por la sola condición filiar.

Siendo conscientes de esta problemática, el Laboratorio de Identificación Genética de la Universidad de Antioquia, IdentiGen, presentó en la convocatoria del 2011 del Banco de Programas y Proyectos de Extensión el proyecto “Fortalecimiento de la investigación aplicada y de los servicios de identificación genética en las regiones. En defensa de los derechos del menor y la paternidad responsable”.



En el marco de este proyecto, se visitaron 12 departamentos, 30 laboratorios y 30 municipios; además, se hicieron 30 conferencias sobre pruebas de ADN y se firmaron 15 convenios.

“Era necesario hacer capacitación y divulgación de los servicios a comunidades en donde no cuentan con estos servicios, con el fin de contribuir a la solución y esclarecimiento de casos en pruebas de ADN y hacer convenios institucionales con laboratorios clínicos de alta calidad que faciliten el acceso a los servicios”, afirma la doctora Yeny Posada, coordinadora del proyecto.

Además, realizar capacitaciones para dar a conocer “las aplicaciones de la biología molecular y biotecnología en el campo de la identificación genética y cómo ésta puede tener profundas implicaciones en el orden familiar, social y la forma como se imparte justicia. Estas capacitaciones se ofrecieron a la comunidad en general, estudiantes y administración de justicia”, agrega la doctora.

El Laboratorio de Identificación Genética, IdentiGen, viene llenando un gran vacío y ha superado las expectativas en la solución científica de conflictos sociales, legales, y aún penales, generados por las disputas de paternidad y sus casos de filiación. En Colombia, los laboratorios que ofrecen este servicio están concentrados en las grandes capitales: siete en Bogotá, dos en Medellín y uno en Bucaramanga. En este momento, cada año se llevan a cabo más de 5.000 pruebas de paternidad en el país.

Generalmente, la prueba de filiación o paternidad es ordenada por los defensores de familia que manejan casos de niños a quienes se les han vulnerado sus derechos, ante la ausencia de un padre. Sin embargo, después de los defensores, son los mismos señalados los que más solicitan la prueba (de ADN), pues desconfían ser los padres de esos niños. En otros casos son las madres quienes solicitan las pruebas, y en casos excepcionales, los mismos hijos.



Huellas de ADN

A pesar del incidente con Mojica, luego de lo ocurrido en el hospital, Simonides Ledesma conoció a la niña. La cargó. Verla entre sus brazos, vulnerable e indefensa, hizo que su corazón se estremeciera de una manera nueva. Después de eso, sólo tuvo claro una cosa: no la abandonaría, no lo haría a pesar de las dudas. Respetaría su derecho fundamental a la filiación, a la identidad.

Isamar Milagro Ledesma fue el nombre que el sacerdote pronunció al tiempo que echaba agua bendita en la cabeza de la pequeña. Desde ese momento, Simonides asumió su papel de padre, aceptó brindarle un soporte moral, emocional y material que le permitiera un desarrollo integral y una mejor calidad de vida.

Solo que la duda persistía, inevitable. 18 años después, tras informarse sobre el proceso de pruebas de la paternidad, padre e hija se dirigieron al Laboratorio Clínico Harper, en Barranquilla, el lugar que sellaría sus destinos.

Este laboratorio comenzó a ofrecer el servicio de pruebas de ADN en el año 2012, luego de recibir la visita de un médico del Laboratorio IdentiGen. “Me explicó que ellos estaban realizando convenios con los diferentes laboratorios e instituciones hospitalarias, comisarías y defensorías de familia para facilitar a la población el acceso a los servicios”, cuenta la doctora Vilma de Castro de Ruiz.



Los departamentos visitados fueron Córdoba, Arauca, Atlántico, Vichada, Meta, Sucre, Magdalena, Guajira, Nariño, Huila, Cauca, Valle y Chocó.

El 12 de junio de 2012, el Laboratorio Clínico Harper firmó un convenio con IdentiGen en donde “ellos se comprometían a tomar las muestras de sangre y enviarlas, y nosotros a procesarla y enviarles el resultado, evitando que la comunidad se traslade a las grandes capitales del país como Bogotá o Medellín donde se concentran los laboratorios que ofrecen este servicio”, explica la doctora Yeny Posada.

Este análisis de laboratorio se basa en una muestra de sangre. Isamar tenía miedo. “Papito, dame la mano”, le decía y, entre risas burlonas, él se la dio. “Las manchas de sangre se tomaron en una tarjeta de FTA, un papel que hace que la muestra se conserve por lo menos 10 años y fue enviada al Laboratorio IdentiGen para ser procesada”, aclara la coordinadora del proyecto.

Isamar sumaba: “el color de nuestra sangre era igualito. Tenemos el mismo RH. Cuando nos tomaron la foto, la doctora dijo que nos parecíamos. Tengo el mismo lunar que tenía mi hermano en la muñeca y el mismo lunar que tiene mi papá en el pecho. En conclusión yo soy hija de él”.

Pero lejos de las épocas en que ser papá era un asunto que sólo podía confirmarse a través del corazón y las coincidencias físicas, “las pruebas de ADN permiten establecer el grado de consanguinidad con un 99.99% de precisión”, concreta la doctora Vilma de Castro de Ruiz.

En el momento menos inesperado llegó el resultado. Demasiadas noches había esperado y soñado con este momento. Era tiempo de comprobar la verdad. Y, contra todo pronóstico, exclusión fue la primera palabra que él vio segundos después de abrir el sobre.

Este proyecto les brinda tranquilidad a todas las personas involucradas e interesadas en el tema, “influyendo en una mejor calidad de vida de los individuos, las familias y la sociedad, ya que una paternidad reconocida da seguridad de filiación, identidad y procedencia; además de seguridad económica que permite acceder a la educación, la salud, la recreación y el bienestar psicoafectivo y general de un individuo”, dice la doctora Yeny Posada.

“Ya me dieron los resultados. Yo no soy tu padre. Pero tú siempre vas a ser mi hija porque a pesar de que esto diga que no, papá es el que cría y 18 años de amor no se van a ir tan fácil, yo te vi nacer, crecer, caminar. Para mí va a ser duro dejarte ir”, le dijo Simonides a Isamar.

La sonrisa se disipó. “No me arrepiento de haberme hecho la prueba. No cambiaría el resultado. Siempre es mejor saber la verdad”, afirma ella. Algo había cambiado. Él ya no era él, así como tampoco ella lo era. Y sin embargo, entre sus brazos, seguía siendo Simonides el que la miraba con sus ojos dorados. El mismo Simonides que, de alguna forma, le había dado la vida. ■

Aprovechar las Tecnologías de la Información y la Comunicación en la medicina es una práctica que cada vez cobra más fuerza en el país, y en la que la Universidad de Antioquia, a través del Centro de Simulación en Salud, no se queda atrás. Conozcan la historia de Telemap.

Telemap: para salvar vidas

Es una realidad desconsoladora: de acuerdo con la coalición Campaña Internacional para la Prohibición de las Minas (ICBL, por su sigla en inglés), Colombia es el segundo país del mundo más afectado por las minas antipersonal, solo superado por Afganistán. El Gobierno calcula que en el país hay sembradas más de 100 mil minas a manos de las guerrillas y los grupos paramilitares. Desde 1990, año al que se remonta la documentación sobre accidentes con minas antipersonal o artefactos o municiones sin activar, en Colombia han sido más de diez mil las víctimas por estos casos. El 38 por ciento de los afectados son civiles (campesinos en su gran mayoría) y el 68 por ciento miembros de la fuerza pública. Antioquia es el departamento con más accidentes registrados.

Y así, las cifras podrían continuar, cada cual más vergonzosa. Detrás de cada caso, una vida que se apaga o, en su defecto, se parte en dos. Para siempre.

Una realidad bien conocida por el médico Jorge Iván López, Director del Centro de Simulación de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, así como del programa Telemap: herramientas tecnológicas para la atención integral a víctimas de mina antipersonal.

Desde hace más de 20 años, como miembro de las Cruz Roja Colombiana en Urabá, López comenzó a atender los primeros casos de víctimas por minas antipersonal; generalmente personas inocentes que pagaban en carne

propia los costos de una guerra en la que nada tenían que ver. Todo ello, en una época en que los protocolos de atención en estos casos estaban por escribirse, por lo que muchas veces la persona no era atendida de la mejor manera.

En medio de esto, el conflicto armado recrudecía en el país y el número de víctimas aumentaba. Así que, en 2006, cuando la Facultad de Medicina comenzó a implementar la telemedicina como una estrategia para atender a personas en lugares apartados, López, ya como docente de esta facultad, pensó que sería la oportunidad para orientar a personal de salud, fuerza pública, líderes comunitarios, entre otros, para ayudar a tantas personas afectadas por culpa de estos artefactos explosivos, popularmente llamados quiebrapatras, que no deberían hacer parte de ninguna guerra. Así nació, entonces, la idea de Telemap.

A distancia

“Hubiéramos podido irnos por la fácil -dice Jorge Iván López, mientras recorre uno de los salones del Centro de Simulación, en la Facultad de Medicina-: hacer telemedicina en cualquier modalidad que no requiriera mucho esfuerzo. Pero teníamos una responsabilidad frente a un problema real del país, y por eso decidimos ser los primeros en Colombia en implementar telemedicina de casos de urgencias como ocurre con los afectados por minas antipersonal o artefactos sin explotar”.

Telemap, que comienza su trabajo en 2008, es un programa que hace uso de las Tecnologías de la Información y la Comunicación -TIC- para prestar servicios de teleasistencia prehospitalaria, telemedicina, teleeducación y entrenamiento presencial para prestarle un servicio profesional, ágil y completo a las víctimas.



Telemap ha participado en tres proyectos de investigación. Una idea innovadora que entendió que el trabajo conjunto conlleva a mejores resultados, y que la hizo ganadora de la Condecoración Orquídea de Oro Concejo de Medellín.

Así, en el caso de la teleasistencia prehospitalaria y la telemedicina, por ejemplo, se trata de que cuando una persona sufre un accidente por minas antipersonal, el primer auxiliador pueda comunicarse con un Centro Regulador de Urgencias, ya sea por teléfono fijo, celular o radio. Este Centro se conecta a su vez con la IPS de mayor nivel de complejidad que pueda prestar la asistencia especializada, desde la que médicos especialistas guían al auxiliador sobre los procedimientos que debe seguir en la atención del afectado hasta que éste pueda ser trasladado a un centro asistencial. Luego, desde el centro de salud que recibe al lesionado se mantiene la comunicación con el Centro Regulador de Urgencias y la Central de Referencia: un sistema integrado de información y comunicación disponible para brindar asistencia médica remota que mejore la capacidad del personal en el escenario prehospitalario. Para ello se cuenta con una plataforma en internet en la que se va registrando la historia clínica prehospitalaria y el monitoreo constante, mientras se organiza la llegada del paciente ya sea a la misma IPS o un hospital de mayor complejidad. Dicho en otras palabras, mientras la víctima llega no solo se cuenta con la guía médica de especialistas, sino que se adelantan todos los trámites formales para la atención oportuna.

Gracias a este programa, ya se cuenta con varias estaciones remotas en todo el país, 18 de ellas están ubicadas en Antioquia. Casos desde la Guajira hasta Nariño han hecho uso de la plataforma Telemap.

Adicionalmente, desde el Centro de Simulación, del que hace parte el programa, se han capacitado a más de 20 mil personas en todo el país. Ya sea en la misma sede del Centro o viajando hasta las comunidades, tanto personal médico como líderes comunitarios, fuerza pública, primer respondiente, entre otros, han recibido capacitaciones en temas enfocados en la atención, asistencia y rehabilitación de las víctimas por minas. Arauca, Bucaramanga, Cartagena, Cúcuta, Mede-

Sinergias

A Telemap, apoyado desde su inicio por la empresa Interconexión Eléctrica S.A. -ISA-, se integran ARTICA, CICR, Colciencias, Cruz Roja Colombiana, EDATEL, Ejército, Fiscalía, Fuerza Aérea, Fundación Mi Sangre, Fundación REI, Fundación Restrepo Barco, Gobernación de Antioquia, Laerdal, Handicap, HSVP, Ideaborn, IPS Universitaria, Ministerio de la Protección Social, Municipio de Medellín, OXFAM, PAICMA, Policía Nacional, SENA, UNE, Unión Europea, universidades públicas y privadas, Welch Allyn, entre otras.

llín, Pasto, Quibdó, Samaniego, Tavio, son solo algunos de los lugares donde se ha impartido entrenamiento personal. El Gobierno colombiano estima que existen más de siete mil sobrevivientes de accidentes con estos artefactos, siendo atendidos en su mayoría por profesionales capacitados por Telemap.

El crecimiento del programa ha sido paulatino. Desde que la empresa Interconexión Eléctrica S.A. -ISA- aportara el capital semilla en 2008, muchas otras organizaciones se han vinculado a este proyecto de carácter nacional. No solo se fortaleció la parte de teleasistencia y telemedicina, que fue en un inicio la razón de ser de Telemap, sino que se ha ampliado hacia la educación continua a través de diplomas y cursos, entendiendo que todo este trabajo por la reducción de la vulnerabilidad parte de la educación. Ahora, gracias a algunas organizaciones aliadas, se cuenta con aulas móviles que viajan por el país y se trabaja fuertemente desde la investigación para lograr mejores métodos de atención al paciente.

“Es que el problema sigue sembrado, y estará ahí por mucho tiempo”, dice Jorge Iván López, y tiene razón. Se estima que pasarán muchos años, décadas incluso, antes de erradicar por completo las minas antipersonal ya sembradas en el país. 100 mil de ellas siguen ahí, amenazando la vida de los más vulnerables.

Por eso Telemap seguirá ahí. Actualmente el programa está unido al Laboratorio Vivo o *Living Lab* de Telesalud del Parque de la Vida. Todo un complejo médico dedicado a la promoción de la salud y cuidado de la vida. Telemedicina no solo para el caso de víctimas de minas antipersonal sino en muchos casos de violencia. Estrategias para enfrentar problemas que no debería ser -como las minas: ese ejemplo de infamia- pero que tristemente existen y seguirán presentes por largos años. ■

Problema sembrado

Colombia es el único país del continente donde hay evidencias del uso actual de minas antipersonal y artefactos explosivos improvisados.

El Comité Internacional de la Cruz Roja -CICR- ha registrado en sus bases de datos que de los 32 departamentos del país, en 31 se han encontrado campos minados y munición sin explotar (MUSE).

Igualmente, en el 65% de los municipios del país ha registrado algún evento.

El 23% de la población afectada por minas antipersonal en Colombia ha sido en Antioquia.

En el periodo 1990 - julio de 2013, se registraron 1.034 víctimas menores de edad. De éstas, el 23% (233) eran niñas, el 76% (791) niños y sobre el 1% (10) restante no se tiene información. Del total de los menores de edad víctimas, 811 (78%) resultaron heridos en el accidente, y 223 (22%) murieron. Según las estadísticas, en Colombia se presenta en promedio por lo menos un evento diario con artefactos explosivos sea de tipo accidente o incidente. El 98% de estos eventos ocurre en área rural.



Anualmente se capacitan en promedio 250 miembros de la fuerza pública en atención, asistencia y rehabilitación de las víctimas por minas.



Jaime Arturo Gómez, su vida: un viaje a pie con la comunidad

De estudiante hizo su Viaje a pie con el libro de Fernando González en su bolsillo. De profesional caminó y conoció la violencia y el desplazamiento en Urabá. Siempre, como médico, con la misma consigna: la única forma de trabajar por la salud es en comunidad, con la comunidad.

Hace treinta años, cuando Jaime Arturo escribió en la orden médica del niño que acababa de atender “hay que hacer un estudio social, el asunto es pobreza y desnutrición”, sus compañeros lo llamaron loco. Él todavía no sabe muy bien si fue el cansancio, el agobio de ver a la mujer tan pobre con su hijo o las lecturas de aquella época, pero eso fue lo que escribió y algo adentro le decía que así debía ser: que lo social determinaba la enfermedad. Diez años después, en un boletín de la Dirección Seccional de Salud, apareció una historia médica idéntica, la llamaban de carácter social y no era nada escandalosa.

La vida de Jaime ha estado siempre afuera: en los caminos, las trochas, la calle. Estudió Medicina, piensa, porque venía de un colegio de orientación religiosa en el que el tema del servicio y el sentido social eran muy cercanos. Estudió en la Universidad de Antioquia, porque era un muchacho curioso de diecisiete años que necesitaba entender la problemática política del momento. Fueron años turbulentos, tanto afuera como adentro: Jaime tuvo maestros como Héctor Abad Gómez y Leonardo Betancur, que le enseñaron que la medicina también era un asunto político; estudió dos semestres de Historia, volvió a la Medicina, viajó por Sudamérica; siempre pensando en muchas cosas, pero sobre todo en que “una visión reduccionista de la medicina embrutece”.

Tiene en su memoria muy frescos los momentos en que tomó decisiones cruciales para su vida. Viajó a hacer

su año rural a San Pedro de Urabá -en ese entonces un pueblito de tres mil habitantes, con dos batallones del Ejército- y conoció fenómenos como el desplazamiento forzado cuando aún no tenían nombre. Pasó como médico de planta para el Hospital de Apartadó y decidió, después de conocer los estudios en el área de salud pública que había hecho una compañera, que quería estudiar epidemiología. Pidió una beca y la consiguió. Fue Coordinador de Urgencias del departamento en una época de bombas y explosiones, comienzos de los noventa, pero con la inquietud de siempre: *¿Urgencias? Pero es que urgencias no es sino la expresión del fenómeno. Detrás está la violencia.* La vida lo puso entonces en el camino de la docencia.

Hace dos décadas es docente, maestro, aunque el tiempo y las obligaciones como Jefe del Departamento de Medicina Preventiva de la Facultad de Medicina ya no lo dejen ejercer formalmente. La academia le permitió, además, estudiar la violencia como quería, hacer seminarios, participar en investigaciones, y llegar a reflexiones importantes: el efecto recíproco entre la violencia y el desplazamiento forzado, los ciclos que se repiten. Empezó a trabajar con las comunas más vulnerables de Medellín, primero en un estudio con la Organización Mundial de la Salud sobre población desplazada en la ciudad, y más tarde con la gente que lo supo reconocer.

Por eso desde hace diez años, más de la mitad de la vida se le va pensando en Altos de Oriente, uno de

los seis asentamientos de la vereda Granizal, Bello. Alguna vez dos líderes lo contactaron para que sirviera de mediador entre las instituciones del Estado y ellos; con el paso del tiempo y las miles de carencias que Jaime vio en una comunidad con problemas de desplazamiento y de violencia, que solo era escuchada a través de él, se quedó. Sueña entonces con convertir la vereda Granizal, toda, en un escenario de práctica de la Universidad, *pero sin instrumentarla, nosotros al servicio de ella.* Para eso trabaja duro. No cree en visiones mesiánicas, sino en una construcción colectiva del conocimiento: que las comunidades detecten sus necesidades y la universidad sea capaz de interpretarlas. Ha ganado dos convocatorias Buppe: la primera para hacer una caracterización demográfica y una reconstrucción histórica del asentamiento, la segunda para lograr una valoración médica de todos los niños de la casi veintena de hogares infantiles que hay en el sector. Ahora acompaña dos proyectos más, uno para la implementación de la Estrategia de Atención Primaria en Salud y, otro, sobre un estudio de factibilidad para la construcción de un acueducto.

Médico, epidemiólogo, docente, alguna vez Vicedecano y hoy Jefe del Departamento de Medicina Preventiva de la Facultad. Ha sabido renunciar. También ha sabido volver. Quiere novelar algún día sus historias, también construir a largo plazo un estudio con la comunidad que le permita conocer qué pasa con los niños que hoy atiende en la vereda. No se desespera, no tiene afanes, ha estado siempre en un perfecto equilibrio, entre el orden y sus márgenes. El único escenario en el que se puede desenvolver es en lo público, por eso ama a la Universidad y por eso también le exige. Los fines de semana, en su finca, mientras vuelve al campo, confiesa: ha vivido. ■





**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3

**VICERRECTORÍA
DE EXTENSIÓN**



Octubre 2013

N.3